

Las Dominicales

Semanario Libre pensador.
SOSTENIDO POR LAS ALMAS LUMINOSAS

MADRID

Viernes 21 de Junio de 1901

Oficina.—Calle de San Mateo, 18, 2.
Correspondencia.—Fernando Lozano.
Apartado 108.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde de los artículos firmados.

NÚMERO 19

AÑO I

PRECIOS.—Madrid: Trimestre, 2 pesetas. id. Provincias: 2,50 id. Extranjero: Año, 12 id. Ultramar: Año, 3 pesos oro. Número suelto corriente, 10 céntimos de peseta. Idem idem atrasado 25 id.—A los vendedores, 6 reales la mano. El pago se hará por trimestres ó años anticipados.

No matas, no hurtas, no mentas, no provariques, honra á tus padres, en suma, cumple la ley de Dios, amándolo y sirviéndolo.—Moisés.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—Mars.
Conócete á tí mismo.—Sócrates.
Trabaja para extinguir el mal. Eñebres la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—Sócrates.
*Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.—Eudón.
Amos los unos á los otros.—Sod perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.—Jesús.
La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los Pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios elemento y misericordioso.—Makoma.

El pájaro que labra, la mujer que arrastra su casa, el magistrado que despende sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—Luter.
Desde la India hasta la Francia el sol no te más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor. Mortales, todos sois hermanos.—Voltaire.
Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—Kant.
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—Krause.
Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se despierten los templos y caliguen los ojos de los hombres; y se acorren bajo el fuego los adoradores del velicino de oro si se interponen en su camino. ¡Paso, paso á la verdad divina!—El Espíritu del siglo.

PODER ESPIRITUAL

(CARTA DE UN PENSADOR ILUSTRE)

París 13 Mayo 1901.

Mi querido señor:

Acabo de leer su artículo que es luminoso. Al comienzo, me pareció que había que oponer algunas objeciones á sus ideas. La idea de poder espiritual supone la de dogma, un papa supone una fe intangible, hasta tal punto que el protestantismo no ha podido establecer poder espiritual.

¿Cómo, me decía yo, establecer uno en la revolución que tiene menos de dogmática que el protestantismo y cuyos hijos están tan divididos que van desde el moderantismo al socialismo?

Pero el fin del artículo me ha parecido resolver la objeción.

El poder que usted desea instituir no es dogmático. Su dogma, caso de tener alguno, reside en la negación del pasado y en la afirmación del porvenir, en la recusación del despotismo político ó clerical y en la adopción de la idea de libertad y de justicia; como criterio superior, de una manera más exacta: usted quiere crear el embrión de lo que será un día el poder central de los Estados Unidos del mundo.

Es una grande y noble idea que yo no puedo menos de aplaudir. Acabo de enviar á la imprenta una obra científico-filosófico-política, en la cual ataco enérgicamente la idea de la patria actual, estrecha, mezquina, retrógrada, obra de que tendré el mayor gusto en enviarle un ejemplar una vez que haya aparecido, de aquí á unos meses.

Ya procuraré, al corregir las pruebas, ver la manera de intercalar una cita sobre su admirable artículo.

Supongo, empero que usted no se formará ilusión sobre mi país, que veo un poco en decadencia. A la hora actual, y es lo que hace que la política venga á ser repugnante, los hombres de principios son la excepción. De aquellos republicanos animados de un alto ideal que yo conocí hace treinta años, no queda apenas ninguno. Los intereses personales, los puestos, «el quitafate tú para que me ponga yo», han reemplazado á la lucha por la justicia y por la libertad. La palabra pertenece á los acomodaticios, á los Poincaré, á los Barthou, á los Freycinet, á los Dupuy. Fuera de ellos quedan héroes como Picquart, como Zola, como todos los que han honrado al género humano en la cuestión Dreyfus; pero son la excepción y no tienen la mayoría con ellos.

De este estado de los espíritus es de donde ha nacido el odioso equívoco nacionalista que deshonra á París.

Quedan, es cierto, los socialistas; pero el partido está dividido, atacado ya por la podredumbre parlamentaria. Jaurés arroja en él un vivo brillo; pero él no puede por sí sólo reformar el país, y bajo el punto de vista del socialismo, Francia no lleva el timón, es Alemania.

Así no creo que nuestro Consejo anfictiónico estuviese bien situado en París. Sin contar con que las envidias internacionales se hallan lejos de estar muertas y constituyen un factor que no se puede desatender. Usted encontraría grandes dificultades en Hebert Spencer, á pesar de su elevación de miras para traerle á París. Diría otro tanto de Berlín, de Londres ó de Madrid, para franceses ó rusos. En mi sentir, sería preciso domiciliar nuestro Consejo en un país neutral que no hiciera sombra á nadie. Bruselas parecía el más indicado.

Podría también servir Constantinopla, que Fouriére había señalado como la capital futura del globo. Pero cualquiera que sea su porvenir, Constantinopla, en manos de los turcos, Constantinopla, en donde se concentran todas las codicias del mundo, no podría convenir al trabajo actual. Quizá sea la Sede más á propósito para el ser cuando llegue á su pleno desenvolvimiento, mas no para el embrión.

De todas maneras, la idea de usted es grande, es noble, es generosa, y la aplaudo con toda mi energía, lamentando sólo que los espíritus de su temple sean raros.

Dígnese aceptar, mi querido señor, la expresión de mi más profunda estima y de mis sentimientos más fraternales.

A. NAQUET.

CONTESTACIÓN

Rindamos lo primero el tributo de nuestra profunda gratitud al pensador ilustre, autor de la carta preinserta, por el honor que nos otorga al aportar á la resolución del problema puesto en estas columnas, el fruto de sus grandes, luminosos conocimientos sobre las cuestiones más altas que agitan á los humanos. Su dictamen es de un valor excepcional. No se olvide que Alfredo Naquet, con su ley del divorcio, á la vez que hizo uno de los más grandes bienes á su patria, demostró poseer un cerebro potente y un dominio profundo de la realidad; que no de otra suerte hubiera podido domar las resistencias que lo ofreciera una iglesia y unas costumbres tiranas de la Francia durante tantos siglos.

¡Alojémonos. Un pensador profundamente conocedor del mundo que nos circunda, encuentra luminoso el proyecto de formar un poder unificador de las fuerzas libres de la tierra que imponga á las Naciones la paz.

Exactamente comprendida nuestra idea: No queremos ningún poder dogmático, ningún infalible nuevo en París opuesto al viejo infalible de Roma.

Queremos eso: queremos crear el embrión de lo que será un día el poder central de los Estados Unidos del mundo.

Aquí está el nudo del pensamiento. Realizar hoy lo factible, que es asociar á los soberanos del pensamiento universal en un Consejo anfictiónico que ejerza un soberano poder moral. Mañana, la fuerza misma de las cosas dará á ese Consejo el poder material, y entonces el embrión del Gobierno humano se convertirá en ser.

¿Fines especiales de ese gran Consejo actualmente?

1.º La propaganda de la libertad.
2.º La acción por la paz.

Como Roma envía misioneros por todo el mundo para embrutecer y esclavizar á los pueblos, París los enviará para ilustrarlos y libertarlos.

No se olvide el ejemplo que hemos puesto del Ecuador: Allí, Roma, manda sin cesar legiones de frailes y clérigos para ayudar á la reacción, mientras que este mundo moderno, plebiscito de fuerzas de libertad, no envía ni un sólo apoyo al Gobierno ecuatoriano que lucha á la desesperada por sostener la libertad. Nada más sencillo que inundar de luz el Ecuador, enviando legionarios de la ciencia y de la libertad; nada más sencillo que ahuyentar así á las huestes negras de la reacción. Como no se hace, como no hay poder director de las fuerzas de libertad, la cuestión ecuatoriana no se resuelve y corre allí en arroyos la sangre generosa de los liberales, sin que se vea llegar el término de una contienda que resolvería de plano, en poco tiempo, un poder universal de libertad. Los liberales, por no formar ese poder, son responsables de las matanzas inacabables de los infelices ecuatorianos.

En cuanto á la acción de ese poder para procurar la paz, hay que estar ciegos para no verla. La prensa llenando de luz el siglo XIX ha producido inmensa revolución en los espíritus. Mientras que los prestigios de la autoridad material han ido cayendo, los de la autoridad moral se han ido levantando. ¿Qué Ministro, qué Gobierno tiene hoy la autoridad de un Tolstói?

Reunidos en un Consejo los soberanos del pensamiento universalmente reconocidos, el poder moral de su voto se haría irresistible al aparecer la amenaza de un conflicto armado entre dos Naciones.

¿Qué fuerza organizada existe hoy capaz de conjurar uno de esos conflictos que puede surgir de un momento á otro?

El acto que acaba de realizar el proletariado franco-británico en Londres, viene á reforzar nuestra opinión sobre el poder irresistible del gran Consejo cuya constitución proponemos. En ese gran Consejo estaba ya constituido el órgano de las aspiraciones proletarias. Toda la fuerza del proletariado rodearía al punto á esa salvadora institución que iba á proponerle el bien más amado y ambicionado: la paz. ¿Se ve por qué inclinamos entre los consejeros á Jaurés? Es que en nuestro propósito entraba siempre aunar los elementos científicos con los elementos populares, y nadie como Jaurés podía servir de lazo á esa conjunción.

Es, por tanto, una idea cuya realización aproxima por momentos. ¿No se hace? Queda baldía la alta aspiración de los proletarios por falta de órgano que la represente.

Los elementos intelectuales darán así pruebas de un quietismo culpable, no apresurándose á tomar iniciativas que correspondan á esas heroicas iniciativas del proletariado. ¡Valen más, se está viendo, valen más esos generosos hijos del trabajo, que estos intelectuales egoístas y corrompidos.

¿Qué nos place que hombre de la vigorosa inteligencia de Naquet, se prepare á llevar el hierro candente sobre la bárbara independencia de las patrias!

Porque ahí está la raíz del mayor mal. Mientras haya un bárbaro como el czar de Rusia, que diga:—Yo soy rey absoluto de mis súbditos, y los aborreo, y los fusilo y los mato á palos; y otro bár-

baro como el emperador alemán, que diga:—Dios ha hecho el mundo para que la raza de los Hohenzollern haga brillar su casco reluciente sobre montañas de cadáveres; y otro bárbaro como Chamberlain, que diga:—La tierra se ha hecho para que la explote el sajón durante los siglos de los siglos; mientras esta salvaje independencia de las Naciones para hacer cada cual lo que le da la gana exista, no hay paz, ni seguridad personal posibles. Los gobiernos nacionales borran de la ley la anarquía, y ellos viven en plena anarquía, negándose sistemáticamente á aceptar ninguna autoridad superior.

Figuráos que en el universo sucediera lo mismo, que cada astro girase á su antojo, ¿qué sucedería? El caos, porque chocarían los unos con los otros deshaciéndose mutuamente.

Es lo que ocurre en esta salvaje independencia de las Naciones. La soberanía de cada una de ellas es plena, completa, no admite ni intentos de limitación. ¿No se acaba de ver á Inglaterra que se ha negado hasta consentir á las demás naciones que le hablen de arreglos sobre la cuestión africana?

Es claro, vivir en la independencia dentro de un mundo todo es dependiente, ¿qué puede producir sino estos horrores, de que un día es víctima Francia, otro España, otro el Transvaal, otro China?

Contra esa independencia nacional, madre del repugnante chauvinismo y del protervo nacionalismo, se alzó un día la gran Revolución francesa, diciendo con su gran inspirador Voltaire: «¡Mortales, todos sois hermanos!»

Insistimos por eso, aun después de las sabias observaciones de Naquet, en que es á Francia á quien corresponde el deber y el honor de poner la parte principal para resolver el problema.

Pero, habiéndonos de extender sobre esto, lo dejamos para el número siguiente.

LA INFLUENCIA DEL CLERICALISMO

VIII

Tolerancia de los agarenes.

Insistimos en este hecho preliminar, para que pueda servir de explicación á una terrible guerra religiosa, á que la intolerancia é intranquilidad de los católicos da lugar en los comienzos del siglo IX en Córdoba.

La tolerancia y bondad de los monarcas cordobeses llegó á tal, que los mismos cristianos á quienes los magistrados llevan después al patibulo, habían merecido altos destinos, honores y distinciones de los califas. Servando, Romano, Adulfo, Guifredo, etc., habían sido condes de los muzárabes; San Argemiro, Gracioso y el mismo José, hermano de Eulogio, fueron jueces ó censores, lo afirma éste mismo; el monje Isaac había sido Exceptor; Alvaro, el narrador ilustre, el encomiador de los mártires cristianos de esta lucha, había merecido también elevadas distinciones.

La estrechez de miras y la menguada piedad de nuestros religiosísimos neocatólicos no sabe, avergonzada, cómo deslucir y rebajar estos rasgos de tolerancia y magnanimidad, y cuando para emborronarlos no se pela á la calumnia, se agarra, cual ahogado, á una espumosa zarza.

En Córdoba, dice Amador de los Ríos (Lit. T. II pág. 15) «sólo quedó á los cristianos, con mengua de las capitulaciones, una iglesia, siendo destruidas las restantes.»

¿Qué clínica manera de ocultar la verdad, hombres tan cultos y serios!

¿Cómo fomenta los malos instintos la intolerancia jesuítica!

«Es falso, dice D. V. Lafuente (H. de la Ig. T. II, pág. 118), que Abderraman demolió las iglesias de España.»

Que nosotros recordemos, en Córdoba existían los templos de San Acisclo, San Zóilo, los Tres Mártires, San Cipriano, Santa Olalla, San Ginés y algunos más; y de conventos acuden á nuestra memoria los nombres de San Cristóbal, San Cosme, San Félix, San Justo y Pastor, San Salvador, San Zóilo, el Armilatenso, el de Cateclara, el Tabacense, el de Anguelos, el de los Ausinianos, etcétera.

¿A qué, pues, mentir en forma tan descarada? Y si esto sucedía en la capital del Califato, á presencia y con la aquiescencia del propio monarca, ¿puede dudarse que en el resto de la Península existía la propia tolerancia?

Pues díganenos, en cambio, cuántos templos mahometanos y cuántos faquies y cadíes dejan los cristianos y angelicales católicos á su espalda, desde que Pelayo inició la reconquista, hasta que los Reyes Católicos la consuman en Granada ocho siglos después.

Buror y vergüenza debía causar á los católicos el leer, la fruición con que sus cronistas consignaban la manera despiadada de proceder que con los moros tienen sus correligionarios.

«Mató á todos los guerreros y á las mujeres y los niños los vendió como esclavos (cum uxoris et filis suis coram vendidit); dice Sebastián de Salamanca. (N. XXVII.)

«Mató á todos los guerreros y destruyó la ciudad hasta sus fundamentos (urque ad fundamenta destruxit); escribe otro analista.

Lo mismo dice el Silense que hizo Fernando I con Alcalá (depopulatis ferro et flama).

«Cuántas sinagogas encontraba las destruía, y pasaba á cuchillo cuantos sacerdotes y doctores de la ley hallaba al paso (omnes sinagogas corum, quant inveniebant, destructas sunt. Sacerdotes vero, et leges sue doctores, gladio trucidabant). Consigna la Crónica Latina, hablando de las expediciones de Alfonso VII á Andalucía (N.º XIV); y más adelante añade (N.º LX): «Ponían fuego á cuantas villas encontraban, destruían todas las sinagogas, quemaban los libros mahometanos, y degollaban á los doctores de la ley (miserunt ignem omnibus villis... sinagogas earum destruyeram et libros legis Mahometi comburerunt... omni doctores legis viri... trucidatisunt.»

¿Esto es ternura de corazón? ¿Caridad católica? ¿Miente el cronista cristiano?

¿Es que no entraba en los cálculos cristianos dejar á su espalda enemigos de su religión! Díen Amador y los neos.

¿Y en el de los agarenes si entraba? Desengánsense nuestros ultramontanos, lo que no entra en sus instintos ni en sus entrañas es la humanidad, la piedad, la tolerancia.

Pareciendo á los neos bochornoso el parangón de la conducta de los católicos con la de los musulmanes, agárrense á un clavo ardiendo, y evocan la escritura de Coimbra (778) que Sandoval publicó, en la que se halla escrito: «los cristianos paguen doble que los moros: cada iglesia pague 25 pesetas de buena plata, cada convento 50, y los presbiterios no celebren misa sino á puerta cerrada.»

Pero contra esta opinión están los hechos de tolerancia indiscutibles, que antes hemos aducido, y los testimonios de Alvaro Cordobés, Eulogio y otros cristianos, que lo niegan en absoluto, como luego veremos.

Además, esa escritura tiene todos los vicios de apócrifa, y como tal la reputan eminentes críticos.

¿No consagran las basilicas de Compostela y de Valladolid los obispos de Coimbra? ¿Luego no estaría la fe muy oprimida!

Pero aun siendo verdad, ¿cómo tenían los cristianos análogas consideraciones con los mahometanos? Veámoslo.

«Los moros que hacíamos prisioneros eran reducidos á la esclavitud (capti sui pristina sunt servitute redacti); dice el Abeldense: el conde castellano Fernán González dona al monasterio de San Cosme y San Damían 150 yeguas, 30 moros y 20 moras. Para él los moros de ambos sexos no representan, pues, más que las yeguas! ¿Eran cosas! El fuero de León, en su ley XXI, admite la servidumbre.

El fuero Viejo de Castilla (Ley IV, tit. XIII, lib. II) considera á los moros como cosas, y un privilegio de Alfonso X, fecha 20 de Junio de 1277 dice textualmente: «todas las cosas mostrencoas, como moros, moras, caballos y rocines.»

Pero todavía esta consideración de rocines, caballos ó bienes mostrencoos que esta carta les otorga, era una señalada distinción del humanitario catolicismo.

Aquí está para evidenciarlo el fuero de Nájera, que tiene escritas estas caritativas frases: Quien mata á un buey pague 25 sueldos, á un año 12 1/2. Si mata un moro 12 1/2. (Qui bobem accidit pecte 25 solidos; qui asinum 12 1/2 solidos; qui maurorum accirit 12 1/2.)

El moro, según esta ley, no valía más que medio buey; estaba exactamente equiparado en valor al pollino!

Parécenos que la personalidad humana no puede alcanzar mayores respetos por parte del mundo católico.

¿Con razón el catolicismo pretende envaneecerse de haber abolido la esclavitud, después de ser su único apoyo, su más decidido sostenedor!

Pero es acaso verdad, como dice Amador, que el culto se practicaba á puertas cerradas, y que estaban prohibidas las procesiones y el toque de campanas y el culto externo?

Hablen por nosotros los más sabios y santos cristianos de aquella época, los que sufrieron el martirio por confesar su fe, los únicos que escribieron la historia de estas persecuciones divinizando á sus mártires. Parécenos que el testimonio no podrá ser recusado de sospechoso y parcial, pues no se propusieron hacer el panegirico, sino la acusación de los mahometanos.

«Vivimos entre los moros sin sufrir la menor molestia en nuestra fé.» (Interipsos sine molestia fides degimus); dice Eulogio (Mem. Sanct. lib. I, núm. 23).

Tenemos basilicas, iglesias, torres, campanas; escribe en el Apologético (núm. 8); y claro se ve que al tener campanas no serían de puro adorno, sino para tocarlas.

Las fiestas olímpicas de la iglesia las celebraban con toda solemnidad (Ipsa die quo vespertinus officii in honorem Genitricis Domini solemniter convulit Ecclesia celebrare, etc.); escribe Sansón, (Proemio del lib. II, núm. 2).

Hasta después de los martirios de Flora y María, y estando presos, se les permitía su culto, pues Eulogio, en la carta segunda á Alvaro (Número 3) consigna (Horam nonum in die laudum persolimus, etc.).

Los cristianos se convocaban al toque de campanas, dice Alvaro en su Indiculum luminosum (Núm. 8) Sed Basilicis signum, hoc est, tintinnis arie sonitum, etc.).

Los muertos eran acompañados por el clero y el pueblo con los ritos cristianos, el incienso, etcétera (defunctorum corpora a sacerdotibus vident,

ut mos est, ecclesiasticis humo dando portaret, etcétera (Idem núm. 6).

No sólo habían conservado las antiguas basilicas, sino que asegura Alvaro (Mem. Sanct. lib. III, cap. III), que en los tiempos de paz habían levantado tantas otras nuevas, que excedían á los días del año. (Ecclesias imper structas diverse, et quidpid novo cultu in antiquis Basilicis splendebat, fueratque temporibus arabum rudi formatione... etiam ea templorum culmina subruunt, qua á tempore pacis studio et industria Patrum erecta, pene trecentorum a diebus conditionis suae numerum excedebat amoniam).

Es, pues, una supercheria negar que los muzárabes ejercían su culto pública y solemnemente; pues como dice el peritísimo padre Flores, comentando estos hechos:

«Y cuando en tiempos de persecución mantenían hasta en las calles las ceremonias sagradas, bien claro está, que en tiempos de paz vivían en sus ritos como si no hubiera sobrevenido novedad.»

El argumento es incontestable, y la persona que lo aduce, por su saber, su acrisolada fe y su claro talento, testigo de mayor excepción.

No tienen mayor fuerza y justificación las razones que los ultramontanos aducen para vindi-car la conducta de los intranquilos católicos de Córdoba.

Es que Abderraman é Hixen I, dicen, les habían prohibido el uso de la lengua latina, é impuesto forzosamente el árabe. Por tanto, la rebelión estaba justificada.

La razón, si fuera cierta, tendría fuerza. Pero entonces, ¿por qué el clericalismo godo impuso igual vejamen á los judíos? ¿Por qué en plena Edad Moderna le aplicó á los pobres moriscos grandinoso?

¡Ah, séres sin conciencia, sin piedad ni gratitud!

Pero es también supercheria infame el aducir tal argumento.

Veámoslo. Walabonso y Paulo Diácono, estudiaban en Córdoba disciplinas cristianas (Memor. Sant. libro I, cap. IV); Emilia y Jeremías en la iglesia de San Cipriano (Idem id., cap. XI); Fandila vino de Acey, y Amador, de Tuoi, á estudiar lo mismo en Córdoba (Idem id. lib. III, cap. VII y XIII); Epiráideo tenía pública aula de latín y teología en esta capital, y con él confesaban Alvaro y Eulogio haber estudiado (Vida de Eulogio, núm. 11).

La tal prohibición es, pues, una impostura. Aunque muy en decadencia, el latín se enseñaba en la misma Córdoba, y hasta en las calles y plazas, predicaban los sacerdotes á sus fieles.

MOSÉN EL NABAR.

GUERRA Á LA GUERRA

A este grito han partido de París las numerosas, espléndidas representaciones del proletariado francés, que han ido á Londres á confraternizar con sus hermanos ingleses, y preparar la paz del mundo.

No tenemos espacio para tratar hoy de este acto transcendental á los humanos.

Por las ansias que aquí se sentían de paz, después de tres años de guerras coloniales, puede juzgar el proletariado español, que es quien dió la carne para aquellas guerras, del bien inestimable que los trabajos del proletariado franco-británico pueden aportar á la familia proletaria universal.

La paz es la alegría.
La paz es la felicidad.
La paz es la riqueza.
La paz es el hijo siempre en el hogar, nunca en el cuartel.
La paz es el beso que sustituye al hierro.

Condenamos: el que no pone su alma en la obra comenzada por el proletariado franco-británico, es un idiota ó un malvado.

¡Guerra á la guerra!
¡Viva la paz!
¡Hurra por el proletariado franco-británico!

POR LA FRATERNIDAD HUMANA

Mayo fué siempre el mes de la paz alegría. La naturaleza al embellecerlo, con la gala de la más hermosa de las estaciones, parece ofrecer al hombre sus días para que celebre en ellos sus fiestas de amor.

Desde los más remotos tiempos, viene consagrando a este más algún culto, ya religioso ó profano, tributo de la fe, ó de la expansión popular; pero nunca el sentimiento humano, al rendir su homenaje de admiración á los encantos de la naturaleza, pudo manifestarse tan espontáneamente generoso y práctico como se manifiesta en nuestros días.

La religión católica, también se aprovechó del mes de Mayo para hacer en ella la más alta apoteosis de su amor á la Reina del cielo en que esperan los creyentes, y en la fastuosa iglesia de la ciudad y en la pobre ermita de la aldea, la hipocresía y la ignorancia de grandes y pequeños, mezclaron la fervorosa piedad con el regocijo público, confundiendo á la vez en sus alardes de entusiasmo, á la madre de un Dios, con la Maya popular.

Más todo decaer, y esta fiesta religiosa, va perdiendo su atracción gracias al nuevo ambiente que el pueblo respira ya.

No todas las muchachas de hoy van á coger las flores del valle para adornar con ellas el altar de un ídolo. El anciano á la hija, el ozo á la prometida, hablan de continuo de una fe más grande y más pura, despertando el alma femenil á nuevas aspiraciones.

El primero de Mayo, con su fiesta de reconciliadora alegría, atrae suavemente al proletariado universal hacia un porvenir de fraternidad no alcanzado aún con las predicaciones religiosas. Al confraternizar en el regocijo de un día, de felices expansiones, los pobres esclavos del trabajo, sonrían con la esperanza de que pronto imperen en el mundo la justicia y el amor.

El pueblo español responde como es debido á esa voz del progreso que le llama hacia un rehabilitador mañana. Bien hemos visto cómo en las feraces campañas andaluzas, la bella hija del país, ha sabido tejer hermosa corona de flores para alegrar la fiesta del trabajo. Con esto demuéstrase claramente el avance de la idea moderna y el decaimiento de creencias que en nada han podido aliviar las tristes injusticias sociales.

Mayo es el mes de las promesas bienhadadas; su primer día, alborosa los angustiados pechos de los héroes de la miseria y luce como estrella matutina en el cielo de la felicidad humana.

Los cánticos del amor que en tal día se elevan al espacio, repercuten durante el mes por todos los ámbitos del mundo, coreándose las voces femeninas que claman por la fraternidad universal.

Si bello es el espectáculo dado en nuestra época por la solidaridad de los obreros de todos los países, más bello resulta el que dan las mujeres ocoigadas para el advenimiento de esa paz, que ha de convertir en hermanos á todos los hombres del universo.

«No más guerra» gritaron con angustia los compasivos corazones de miles de mujeres, y surgió la simpática alianza para el trabajo de la extinción de la fuerza bruta.

«Viva la fraternidad de los pueblos!» repitieron con el entusiasmo de la hermosa obra proyectada, y del uno al otro continente resonaron amorosos ecos, brindando la unión del sexo para la consecución de tan laudables fines.

No importan las largas distancias, ni el desconocimiento de las fuerzas que hayan de aportar, para solicitar unas de otras la fraternal ayuda; y las holandesas y las rusas, y las alemanas y las belgas, y las americanas y las francesas y mujeres de todas las Naciones, se unen rápidamente en un ténico acuerdo.

La Conferencia internacional de la Haya, celebrada el 15 de Mayo de 1899, selló el hermoso pacto con las innumerables resoluciones que á ella enviaron las mujeres de todo el mundo.

Y cuando llega Mayo, al mediar el florido mes, estas mismas mujeres, ligadas por tan noble causa, vuelven á enviarse sus fraternales saludos como demostración de renovar el sagrado compromiso.

Los valientes grupos de los distintos países se aprestan para nuevos esfuerzos, y en Asambleas y otros públicos trabajos procuran extender la propagación para que el nobilísimo anhelo de la paz universal pueda conmovir al mundo entero.

«Oh, con qué dulzura resuenan en nuestros oídos las afectuosas frases contenidas en las saluciones de nuestras hermanas las extranjeras!»

Mujeres de la noble y bella España, nos dicen: «Escudad nuestros esfuerzos, y sea esta unión entre nosotras nuncio de la fraternidad de los pueblos».

España ha contestado, sí, como en años anteriores; pero no en la forma en que debía hacerlo. En ese hermosísimo concierto de entusiastas voluntades ha sonado muy débilmente la voz de la mujer española, y, ¿cómo no, si aquí dormitan aún las conciencias femeninas?

«Pobre país el nuestro! Si se hubiese tratado de enviar una halagadora felicitación al Vaticano, como manifestación del Catolicismo que impera en las mujeres españolas, seguramente que habríamos quedado á gran altura ante el fervor de los demás países; pero, la idea nobilísima que entraña los mensajes de esas sublimes mujeres de las más cultas Naciones, no logran despertar eco en nuestra hipócrita sociedad.

Tristó cosa es saber la criminal indiferencia con que alguna eximia escritora ha respondido á las generosas invitaciones de las extranjeras. Nuestras aristocráticas desconocen el siglo en que viven, y en vano es el solicitar tal concurso para la obra grandiosa que le está encomendada al siglo XX.

Allí, en las Naciones en que se trabaja por la libertad de los pueblos, por la completa emancipación humana, se respira bien el puro ambiente de las ideas progresivas, y por esto se ve á la opulenta dama de heráldicos timbres, á la notable mujer de ciencia, y á la propagandista de avanzados ideales, luchar, unidas por la bendita causa que defienden, por la paz universal.

No han respondido, no, las damas españolas; pero hemos respondido, en la forma posible, nosotros, las mujeres de la España moderna, las que figuramos entre los elementos avanzados y estamos fuera de todas las rutinas, de todos los convencionalismos sociales, que ahogan siempre los alicentos del alma.

Y cuando llega Mayo con el año venidero, después de las alegres fiestas del pueblo trabajador, resonarán nuestros piadosos acentos repitiendo el conmovedor grito lanzado por las mujeres en

la Conferencia internacional de La Haya: «Hermanas nuestras, trabajemos por la fraternidad humana!»

ANALÍA CARVA.

Leopoldo Alas

Clarín ha muerto. Amó desesperadamente las letras y la cultura.

Se empeñó por ello en trabajos indecibles que minaron su existencia arrebatándole prematuramente á la vida.

Vivió fuera de la realidad y dentro del idealismo de los libros. De ahí que no pudiera desprenderse por completo de los prejuicios del pasado.

Fué un republicano tibio. Fué un racionalista tibio. La fuerza del genio se mide por la energía con que reacciona sobre el medio.

Pero supo amar con pasión lo que creyó bueno, justo y bello. Luchó á la desesperada por el ideal. Trabajó bárbaramente, descomunadamente.

Amar, luchar, trabajar; hé ahí el camino para engrandecer á un pueblo.

Clarín señaló ese camino.

¡Honor á su vida!

EL SECRETO DE LA CONFESIÓN

(CONCLUSIÓN)

V

No podrá presentarse caso más meritorio que el del padre Amalio relativamente á la reserva del secreto de confesión. Aquel dulce sacerdote lo había sacrificado todo á ese secreto: sosiego, conciencia, vida. Si alguien tuviera derecho en el mundo á figurar en los altares por ese mérito, el padre Amalio sería, sin duda, el primero. ¿Lástima que no pueda adorarse como santo al que murió maldiciendo á la Iglesia!

De todas maneras, el servicio social prestado por el secreto de la confesión, está patente: dejar morir en la infamia al inocente, volver loco á un santo, arrojar en medio de la sociedad á un asesino y ladrón para que continúe su obra de rapinas y matanzas.

No hay que decir que el bandido, asesino del dueño de las minas, dió, antes de ser ajusticiado, señales indubitables de arrepentimiento, merced á la habilidad del jesuita que le ayudó á bien morir, el cual jesuita aseguró que el alma del ajusticiado había subido á los cielos. Y como el alma del padre Amalio había ido á los infiernos como suicida y réprobo de la Iglesia, hé aquí otra virtud de nuestra santa religión católica: á un monstruo de maldad lo lleva al paraíso, á un dechado de bondad lo precipita en el infierno.

¿Quién no adoraría á un rey que llevara á su lado á los asesinos y encerrara en los calabozos á los puros de corazón? ¿Quién dejará, por tanto, de adorar al Dios católico?

La sociedad debe estar prevenida contra los prejuicios que tiene incrustados en los cerebros españoles una Iglesia que ha perdido su razón de ser.

Apenas echado á volar el caso del clérigo Bruneau, se ha visto hasta á los periódicos demócratas y á escritores que pasan por modelo de discreción y se burlan ordinariamente de todo lo divino y humano, sonar la trompa épica para colocar más alto que todos los heroísmos el heroísmo de ese clérigo que se suponía sacrificado por conservar el secreto de la confesión.

Pues bien, ese heroísmo es falso, completamente falso, como todo lo que está en gaitera con las potencias morales que rigen la vida.

Es un heroísmo verdadero el del soldado que se deja matar antes que abandonar su puesto de defensa de la patria; es heroísmo verdadero el del hijo que se muere de hambre antes que abandonar á sus padres pobres y ciegos; es heroísmo verdadero el de aquel matrimonio que llevado ante el tribunal revolucionario, declara la verdad contra las mismas indicaciones que le hacía el presidente desoso de salvarlo, hasta llegar á decir el acusado:—No se canse el señor presidente en hacerme señas, le agradezco su intención de salvarme, pero yo no confesaré sino la verdad; y se fué con su mujer á la guillotina.

Eso es heroísmo: la fidelidad plena y absoluta á la patria, á la familia, á la verdad, á la justicia, á todos los principios que sostienen la vida colectiva.

Pero ¿cómo ha de ser heroísmo lo que se opone á esos principios?

¿Cómo ha de ser heroísmo el de aquel que practica el secreto de esa confesión que arroja en la desesperación á toda una familia, según ha sucedido con la familia Ubaó?

¿Cómo ha de ser heroísmo el del confesor que puede poseer la confidencia de que un extranjero va á invadir la patria y lo ocultar? ¿Cómo ha de ser heroísmo el entregar la

inocencia al verdugo y arrojar á los asesinos y ladrones al seno de la sociedad?

De la confesión no pueden salir heroísmos, porque del mal no puede salir el bien.

El secreto de la confesión está abiertamente en pugna con la justicia, y lo que está en pugna con la justicia debe ser borrado y deshecho. Debemos á la justicia la verdad, toda la verdad, y el que oculta á la justicia la verdad, el que la deja cometer grandes errores, el que se niega á servirla con toda su alma y todo su corazón, ¿cómo ha de ser héroe?

¡Ah! se dice: es que la fidelidad al voto hecho á la Iglesia de conservar el secreto de la confesión, hasta preferir la muerte á violarle, es gran mérito. El mismo de nuestros militares que murieron al servicio de Napoleón, antes que faltar al voto de obediencia prestado á Fernando VII y repasado por este á Napoleón al abdicar. Sin embargo, no se le ha ocurrido todavía á nadie levantar monumentos para inmortalizar á aquellos mártires. ¿A quiénes se ha inmortalizado? A los que rasgando aquel voto como Daoiz, Velarde y Ruiz se sacrificaron á la patria.

El confesor que merecería, por tanto, la inmortalidad, no sería ese bárbaro Bruneau, que hubiera dejado ajusticiar á la inocencia por conservar su voto confesional, sino el que rasgara tan impío voto para servir á la justicia.

Si; aquí está la clave de la cuestión.

El secreto de la confesión es un bárbaro enemigo de la justicia, como la confesión toda entera es un bárbaro enemigo de la sociedad, que aborta captaciones, usurpaciones de herencias, y hasta graves perturbaciones sociales, como se ha visto ahora en el caso Ubaó.

Por eso la sociedad tiene que elegir: el mal ó el bien, la paz ó la guerra, la Iglesia, con su infernal confesión, ó la justicia.

DESDE VENEZUELA

San Felipe, 29 de Marzo de 1901.

St. D. Fernando Lozano.—Director de LAS DOMINICALES.

Respetable señor y amigo: Háme comisionado la respetable logia «Tolerancia», núm. 15, de esta ciudad, en mi carácter de su secretario para dirigirme á usted:

Con especial satisfacción hemos leído vuestra circular impresa, fecha 19 de Enero último, y enterado, con no menos entusiasmo, de los conceptos nobilísimos que contiene sobre la fundación y estabilidad del humanismo, positivo por práctico; teorías de incalculables beneficios entre las clases ignorantes y proletarias, eternas víctimas sin nombre, que pasan y sucumben sin ver aclarar las alboradas del día en que han de aparecer las redenciones del espíritu. Ideas de regeneración son éstas que tienden al legítimo renacimiento de nuestra raza, imbuida en un laberinto de preocupaciones religiosas, que la mantienen irrevocablemente estacionaria, ó como dijo el poeta argentino, «acorruada al pie de los altares».

A vuestro llamamiento respondemos sin reservas; acudimos con fervor de confraternidad, y secretarios como somos del racionalismo os enviamos, desde nuestros trópicos ardientes, el aplauso sincero que nos arrancan los grandes pensadores, como que ellos son los verdaderos y adorables apóstoles de la democracia universal.

LAS DOMINICALES, por sus tendencias moralizadoras y humanitarias, son el fanal de la razón, suspendido en el hermoso cielo de la Patria del Cid, alumando de regias fulguraciones todo el Continente americano; trayéndonos sus ardientes caloríos á manera de ondas magnéticas, á robustecer las energías de los libres pobladores de la América latina, hijos de la raza del genio, de la raza altiva y creadora que en el proceso de muchas centurias ha acumulado un soberbio monumento de grandezas para ofenderlo á la civilización, orgullo de los progresos humanos.

Si, es tiempo ya de lanzar reto formidable á la faz de la teocrática Roma, de los infalibles, para vencerlos y destronarlos, y asegurar paz y descanso á la humanidad, medio á la labor fecunda de la ciencia y el trabajo.

Es tiempo de fustigar con látigo de acero al error y el engaño, sinónimos de negruras y desgracias, señalándoles el camino del destierro, del no ser.

Es tiempo de alzarnos con la majestad de la conciencia y las atrevidas rebeldías del pensamiento, sobre los tiempos decrepitos del peculado religioso, desbastador de la moral social, única base estable, constituida para el bien, legada por los hombres superiores que han atravesado este mundo de miserias y de pruebas dolorosísimas. Ese mercantilismo jesuítico de fantasías admirables por deslumbradoras, empobrecer, aniquila y envilece, arrastrando á los hombres hasta los antros de la defecación y el idiotismo histérico, y los seca el corazón con la hostia negra de la mentira que les administra la fraltería descamisada.

¡Por ello ese forcejeo ruidoso de cada instante! ¡Arriba pensadores, á la orden de combate, guerra contra la tiranía y los tiranos donde quiera que se encuentren, que el triunfo no esta lejano!

Los batalladores del librepensamiento no retroceden, porque el valor de la verdad se impone y trepa y sube hasta alcanzar las cumbres de la victoria, sin reparar en las heridas ni desgarraduras que los enemigos jurados del género humano les hayan inferido en la refriega.

Es verdad, nuestra misión histórica aun no ha llegado á las alturas de la gloria que se merece; mientras existan huertos tonurados que interrumpen la marcha regular y progresiva de las sociedades. Un sólo esfuerzo nos basta para coronar la cima: doblegar la cabeza monstruosa del clericalismo dominador é intrasigente.

Para vencerlos y destruirlos está la ciencia en las Universidades y gabinetes de estudio, la in-

piración en los talleres del arte y la conciencia limpia de los atletas del pensamiento libre.

El estudio, el análisis, la investigación serena y meditada nos traen el equilibrio de la verdad, y llevan al ente moral del hombre el justo convencimiento de su altísima misión en cuanto á derechos y deberes, y su inmanente soberanía en la escala de la actividad social, alejándolo de consiguiente, y para siempre, de lo que se llama instrumento del fanatismo, vacío y funesto como el orímen.

El explosivo intelectual dispara cañonazos más temibles que la dinamita: derriba pueblos y Naciones y potestades soberanas engraidas, en tanto que inunda de igneas claridades y marca en un sólo momento el derrotero de la humanidad en su desenvolvimiento moral.

Maravilloso ejemplo es Jesús, el grande é imitabile Jesús, transformando la sociedad antigua del paganismó con su sola palabra; brotando de sus labios como manajo de luz condensada en la más santa y pura verdad, flor psíquica de perfumes eternos como la eternidad misma.

Desgraciadamente sus discípulos se han corrompido, y vilipendiado su doctrina: la escuela del Maestro, que es la del derecho, la justicia y el liberalismo, ha luído como los dioses, permaneciendo encerrada en los archivos del Vaticano empolvada y decada en el olvido.

La obra del progreso, después de la catástrofe, es restituirla á su verdadero imperio de amor, de justicia, de libertad.

Aquellos que llevan un abismo en el corazón y un incendio devastador en la cabeza, alardean las más santas virtudes, hipócritas! cuando sienten oculto bajo su negro sayal pasiones desesperadas y degradantes.

Hablan con beatitud de la fraternidad y el amor, sin reparar que insultan á su Dios porque le engañan.

La escuela religioso-político-social de estos hombres es la tiranía y la especulación *Ad majorem Dei gloriam*, el medio importa poco.

Atrincheros en la fe (??) tratan de combatir todo progreso científico, toda noble idea que aliente la dignidad del hombre; de aquí ese vivir soplando á la oreja del pueblo para hacerle héroe de matanzas y factor único de agonías nacionales; de aquí esa intriga pertinaz de maquiavelismos, introducida en los altos funcionarios de las Repúblicas y Monarquías para apoderarse de la dirección de la conciencia popular, y envolverla en su obscuro pendón, lúgubre y bochornoso como un eclipse de la dignidad humana; de aquí esa perenne asechancia al moribundo acudalado, con el crucifijo en la diestra, pronunciando palabras de consuelo al entregarle el pasaporte para la eternidad, pero tendiendo el lazo de la rapaceria hacia el tesoro codiciado de la víctima.

Consoladores propósitos encarna vuestra propaganda, emancipadora del espíritu, que viene á ser algo así como el *fat lux*, como la fuerza viva del ser pensante acudiéndose con absoluta libertad, única majestad soberana que pesará en la balanza moral de los destinos del mundo.

La realización de tan extraordinario pensamiento será el triunfo más ruidoso y espléndido que pueda realizar la España, la de las grandes caídas, la de las dolorosas experiencias á prueba de ruinas y martirios y la de las grandiosas y estupendas conquistas en los periodos evolutivos de la civilización actual.

Su historia es su apoteosis, y no muy tarde oírán los españoles el himno de la democracia surgido de la República, porque «lleváis luz en el cerebro y tenéis amores á la libertad en el corazón».

Soldados del progreso, siempre de facción, dispuestos á combatir en las avanzadas del bien, os ofrecemos decidida cooperación en esa obra de alta utilidad humana y de halagadoras esperanzas para las generaciones del porvenir.

Ese es nuestro deber, y allá nos iremos con el alma plétórica de energía y el corazón henchido de placer.

De estas ideas emitidas, el único responsable es quien aprovecha tan feliz oportunidad para protestar á usted sus respetos y consideraciones, y suscribirse su servidor y amigo,

ANTONIO ABREU.

MANIFESTACIÓN CLERICAL

Por las calles de Madrid ha desfilado el domingo último una mascarada clerical.

Formaban en ella, generales carlistas, profesores del rey, Maura y Zahonero.

Bien repleto el vientre, vestidos de finos paños, con sombreros brillantes, iban los manifestantes vociferando amor á Jesús, aquél descamisado que no tenía zapatos, ni sombrero, y que no llevaba por vestido sino una simple túnica.

Parece que indignado Jesús de la mascarada, bajó del cielo, se plantó en medio del arroyo y dijo al obispo:—¿Pero qué caperusa es esa que llevas en la cabeza? ¿No ves que yo no llevo sombrero ninguno? Y *zá,* le dió con las disciplinas en la cabeza y le derribó la caperusa.

Luego se encoró con Vadillo y le dijo:

—Me dicen que eres marqués y que osas llamarte cristiano cuando yo ordené que no hubiera distinción de clases; anda limpia las botas á tus criados y entonces tendrás derecho á invocar mi nombre que hoy profanas.

Y le dió con las disciplinas en la cara.

Luego se encoró á un general carlista y le dijo:

—¿No sabes que dije «vayna la espada Pedro»? Vete, déjate dar de bofetadas por los liberales, lámeles los pies y las manos, deja de ser lobo y harte cordero como yo.

Y le pegó un disciplinazo.

¿Pero cómo tienen cara esos neos para presentarse como devotos de una religión de pobres? Jamás vió nadie á Cristo rodeado de condes, de mitrados, de generales y de ricos; todos los que le acompañaban eran campesinos, pescadores, pastores y descamisados.

Viendo el pueblo que los que le roban el sudor le roban también la religión, debe levantarse indignado diciéndoles:

—Pues que adoráis á un Dios nacido en un pesebre, á dormir á un pesebre; puesto que os adornáis con el corazón de aquél Jesús que iba descamisado, venga vuestra camisa; puesto que os

arrodilláis ante un Dios que ordenó vivir en la pobreza, venga vuestro oro.

Las piedras de las calles se levantarán llenas de escándalo viendo á esos ricos hacer simulacros de devoción hacia una religión de pobreza.

Luz y Sombra

Oid, dependientes de comercio:

El Consejo Superior del Trabajo en Francia ha acordado el voto siguiente:

«Cuando los dos tercios de los dueños de establecimientos de comercios interesados pidan que todas las tiendas, ó que las tiendas de cierta clase no puedan ser abiertas antes, ó cerradas después de una hora determinada, las autoridades provinciales ó municipales podrán imponer á todas las tiendas á que se refiera la petición, horas de apertura y de cierre uniformes.»

¿Lo veís? En Francia la autoridad protegerá el descanso de los dependientes de comercio, cuando el comercio lo acuerde, y los agentes de la autoridad harán cerrar las tiendas de los dueños, que queriendo imponer su voluntad á la clase, dificulten el acuerdo general.

¿Veís la diferencia que va de vivir en una monarquía á vivir en una República? Como que la monarquía es protectora nata de todos los que explotan, y la República es protectora nata de todos los que trabajan.

Por eso, antes que dependientes de comercio, y albañiles, y sastres, y zapateros, y trabajadores de cualquier otra clase, hay que ser republicanos.

Escribe *El Imparcial*: «El pueblo y el rey.»

El público que llenaba ayer tarde la plaza de toros para asistir á la clásica corrida de Beneficencia, se vió gratamente sorprendido con la presencia del rey. La aparición del monarca en el palco regio fué acogida con una ruidosa y larga salva de aplausos. En varios momentos de la corrida y al final de la fiesta renováronse las mismas demostraciones. Una viva corriente de simpatía circuló por tendidos, gradas y palcos. Respondiendo escrupulosamente á la realidad, podemos decir que desde hace años no hemos asistido á una tan sincera, ferviente y jubilosa manifestación de una gran masa social. Habíase ésta reunido sin exclusión de clases ni opiniones. Todos ignoraban que el rey iba á asistir por vez primera al espectáculo favorito del pueblo: así se explica que el primer movimiento fuera de sorpresa. Inmediatamente después estalló el aplauso.»

Así hablaba *El Imparcial*, ese mismo era su lenguaje, al comenzar el reinado de Alfonso XII, entonces en que España tenía un poder colonial que ¡ay! ha perdido, una marina que ¡ay! ha perdido, un prestigio militar que ¡ay! ha perdido.

Nos quedan los toros, las manifestaciones de fanáticos desatadas por las calles de Madrid, la prensa sin conciencia, sin cerebro, sin grandeza moral.

Republicanos y socialistas han hecho en Ronda una manifestación anticlerical.

En el manifiesto que publicaron decían sus iniciadores: «Contra esos réprobos jesuitas, malvados obscurantistas, eternos enemigos de la civilización, de la humanidad y del progreso, celebraremos con ardoroso entusiasmo, cual digna protesta lanzada al reto de semejantes sectarios del siglo XV, en pleno siglo XX una ordenada manifestación.»

Honraban el manifiesto estas firmas: *La Comisión organizadora*, Rafael del Rosal, Francisco Teso, Pablo García, Mariano Curriel, Silverio Ruiz, Emilio Ramos, Francisco García Gómez, Francisco López, Emilio López, Francisco Curriel Gordo, Nicanor Curriel Ordóñez, Anastasio Peinado, José Cortés Maldonado, Eladio Calle, Francisco Rubio de la Calle, José Tarita Romera, Ricardo de la Calle, Manuel Gómez, Enrique Ruiz y Francisco Rubio Morales.

¡Bravo por los republicanos y socialistas rondeños!

Si todos los posibilistas de Reus, que ya no son posibilistas porque ingresaron en la fusión republicana, y muchos fusionistas votaron á D. Francisco Pi en las elecciones anteriores, es claro que debió D. Francisco su elección á la fusión.

¿Es que sale elegido si le votan sólo los federales?

Negar que la fuerza republicana mayor en la región de Reus es el fusionismo, que ha tenido hasta ayer un periódico diario, es negar la luz.

¿Figurase? Es el centro federal. ¿Reus? Es el centro de fusión. Salir por aquí y no por allá, D. Francisco, ¿puede darse prueba mayor de que salió por la fusión?

Creemos así, llena de pasión partidaria, la rectificación que nos hace sobre este punto un estimado colega.

Un buen obrero de Jerez se nos queja de la servidumbre en que allí se tiene al obrero, y de la dominación irritante y fastuosa que ejerce el capitalismo.

Largas jornadas de trabajo, salarios cortos, pan negro, hé aquí con lo que se paga al obrero en aquella ciudad donde beatos y beatas derrochan el oro para hacer alardes de devoción y mantener a piaras de frailes panzudos y lagartos jesuitas.

Pues contra ese mal, desengáñense aquellos buenos obreros, no valen relampagueos de cólera; lejos de mejorar la suerte del obrero, ha empeorado allí con esos relampagueos.

Lo primero para luchar con algún fruto, es contar con un poder amigo, con un poder popular, que es la República. Aun viniendo la República se necesitaría un largo período de preparación y de organización para poder aniquilar el capitalismo.

Pensar otra cosa es vivir de ilusiones. Ahí está si no el ejemplo de Francia, que no ha podido hacer más que eso, estando, como está, mucho más adelantada é instruida.

Los más feroces y mortales enemigos del pueblo son los que le excitan á la cólera.

En Buenos Aires también hay jóvenes que se meten á monjas; también hay conventos, también hay barbarie medioeval.

Se comprende que hubiera conventos en la Edad Media, cuando el fragor de la guerra impedía que los que vivían en el siglo gozaran de paz. ¿Pero hoy?

Eso de ver á una joven que se corta el cabello y se despide del mundo encerrándose por siempre en un convento, es cosa que mueve á ira.

Los tástigos, los padrinos, los acompañantes de las novicias en el acto de la profesión, son antes repulsivos, como los que acompañaran pomposamente al que se iba á meter vivo en una fosa.

Uno de los signos de la inconsciencia en que viven aquellas Repúblicas que hablan neciamente de libertad y de derechos, es ese. ¿Qué sabrán de derecho los que consienten semejantes farsas en su República? ¿Cómo ha de tener derecho nadie á suicidarse ni á enterrarse en vida?

—Fuera de aquí, gandules y gandules— diríamos nosotros á ser primeros magistrados de una República— á trabajar y á procrear constituyendo familias honradas. Y abriríamos las puertas de los conventos obligando á hombres y mujeres á salir de ellos.

Véis los retratos de varias novicias profesas recientemente que trae el periódico de Buenos Aires titulado *Curas y Curules*, y decís:—¿Pero si estas son cómicas? Porque actitudes y trajes y acompañamientos, todo se ve que es comedia, como de cosa que no se puede sentir en tiempos de democracia y de libertad. ¿Qué República es esa que consiente estas comedias, en cuyo fondo se asesina la libertad humana?

Señores ateneístas, oíd: «Universidad popular de París, *quai Valmy*, conferencia por Mr. A. Bloch. Asunto: *Electra*».

Esto es que los hombres cultos de París van á los centros populares á explicar al pueblo, lo que es *Electra*.

¿Es que han hecho eso los hombres cultos de España, de la patria de *Electra*?

Claro es que todo ello procede de que allá en Francia hay República, poder que ama al pueblo, y aquí monarquía, esto es, poder que desprecia al pueblo.

Nos dice un querido correligionario desde Romeral, que por aquellos contornos corre la fama de las curas milagrosas que se hacen en un convento del Toboso, sin otro remedio que el contacto con la llave del ataúd donde se depositó el cuerpo de una monja fallecida en aquel convento hace 211 años.

La monja no está beatificada, y si la llave de su féretro tiene esa virtud milagrosa, ¿qué no tendrá el diente, la pierra ó la nariz de uno de tantos santos cuyas reliquias se conservan en nuestras iglesias? ¿Y el corazón de Jesús? ¿Y la cara del mismísimo Dios, fuente de todo milagro?

Sin embargo, nadie se atreve á explotar ya en las grandes ciudades esos remedios á lo divino, sólo osan hacerlo esas embaucadoras, echadoras de cartas seráficas que se llaman monjas, entre la inmunda plebe en que la Iglesia ha transformado al infeliz pueblo español.

Pero las curas á que se dedican las monjas del Toboso mediante la llave milagrosa, constituyen delitos penados por el Código, pues ningún Gobierno puede tolerar que se engañe y se estafe al pueblo en cuestión tan grave como la medicina.

A la cárcel, pues, con todas esas *Dulcineas* del Toboso que no son mejores ni valen más que la sacerdotisa de Lorqui y que los Apóstoles de Madrid que curaban con agua santificada.

Dice *La Tribuna*: «El día 29 de Julio de 1837, en plena guerra civil, cuando había en España 1900 conventos y existía la unidad católica, hubo unas Cortes que gloriosamente se atrevieron á promulgar una ley contra las asociaciones religiosas, de cuyo espíritu suministra cabal idea el artículo primero que, copiado á la letra, dice así:

«Quedan extinguidos en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en

Africa, todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de religiosos de ambos sexos.»

Después el estimado colega propone que el próximo 29 de Julio se conmemore en todas partes la promulgación de la ley de 1837, celebrándose actos en que se reclame de los poderes públicos la adopción de medidas radicales contra las órdenes monásticas.

Cuanto sea agitar la opinión en protesta contra el absolutismo clerical, será útil y conveniente en esta patria.

Los dependientes de farmacia han comenzado á publicar en Valencia una revista bajo el título *El Dependiente de Farmacia*.

¡Bien por esos jóvenes ilustrados que buscan en la luz su bienestar y su fuerza!

Ahí tenéis á Canlejas, después de todas sus protestas y escarceos, metido en la mayoría de Sagasta.

¿Y habrá todavía quien crea que entre los responsables de la catástrofe se puede sacar un hombre?

Nos dicen del Ferrol que todavía no se ha construido el depósito de cadáveres en el cementerio civil, á pesar de haber consignada la cantidad correspondiente en el presupuesto municipal.

Esto, en población tan librepensadora como aquélla, es imperdonable. Hasta aquí llegan las murmuraciones y las justas quejas de los buenos republicanos contra los concejales del Municipio, que tienen ese asunto abandonado.

Que acabe al punto ese abandono, para que no tengamos el disgusto de hablar más sobre esto.

Joaquín Costa ha hecho un soberbio resumen de la cuestión que había puesto en el Ateneo sobre *Oligarquía y caciquismo*.

El público arrebatado por su fogosa elocuencia le tributó una ovación, y después á su salida, le acompañó hasta su casa en manifestación, obligándole á asomarse al balcón á pronunciar una arenga ardiente en que anunció la necesidad de una revolución formidable.

Todo se caldea, todo se exalta, todo amenaza estallar con estrépito y ruido.

Nos dicen desde Málaga: «Según el fanático cura de esta iglesia de San Pablo, D. Francinco Vegas, los disidentes del romanismo en España, son criminales dignos de castigos.»

Y en efecto, el tal clérigo sostiene esa tesis en un periódico malagueño titulado *El Noticiero Malagueño* que es como todos los de su especie deshonor de la prensa.

Aplicando los *yankees* las teorías de ese bárbaro clérigo, debían poner una mordaza á todos los católicos de Cuba y de Filipinas. Si el que gobierna tiene derecho á imponer una religión cualquiera, la fuerza debe imperar sobre las conciencias y Dios debe estar bajo el diablo, á creer á los católicos que dicen que el Estado es Satanás y la Iglesia Dios.

Cierto que se necesita desvergüenza para escribir mentira tal en letras de molde, porque sabe todo el mundo que en España los disidentes del catolicismo lejos de ser criminales viven al amparo de la ley.

Eso quiso el carlismo, y por ello levantó bandera de insurrección en la última guerra, pero la unidad católica quedó hecha girones por las bayonetas de nuestros soldados y aquellos malvados que movieron guerra á la Nación por sostener la feroz intolerancia de ese clérigo, están confundidos en el polvo.

Dispéñenos que no insertemos lo que un *masón* de Barcelona nos remite contestando á una grosería inserta en *La Lectura Dominical*.

Pedir en ese género de periódicos razonamiento y dignidad, sería tanto como pedir á la cloaca perfumes delicados.

Los republicanos del Ferrol han expulsado del partido á cuatro personas que, figurando en la plana mayor del mismo, han apoyado en las últimas elecciones la candidatura monárquica.

Es un rigor nunca bastante alabado. El número es secundario, lo primario es el honor. Hoy expulsar á los traidores, mañana llevarlos á la cárcel.

Se está organizando un *meeting* anticlerical para el domingo próximo, en el cual tomarán parte diputados y oradores populares.

Con ese acto quiere el pueblo de Madrid protestar de la máscara celebrada el domingo último.

El *meeting*, que se celebrará en el Circo de Colón, revestirá gran importancia.

DESDE LA HABANA

Sr. Fernando Lozano.

Distinguido señor: después de saludarle, aun cuando no tengo el honor de conocerle, lo cual siento mucho en extremo, paso á decirle que desde hace cinco años, vengo siendo suscriptor del

valiente é ilustrado periódico, LAS DOMINICALES, del cual tengo infinidad de artículos, que nunca me canso de leer, los cuales me han servido en distintas ocasiones como doctrina de profesión para toda mi familia, la cual hoy, en la actualidad, no profesa más amor que á la bandera del trabajo, ni más religión que la que aconseja ese bien redactado periódico, de quien he hecho referencia anteriormente.

Yo soy un emigrado español en Cuba, que á fuerza de grandísimos trabajos y después de haber pasado un sin fin de disgustos, he logrado crear una familia, la cual dejo mencionada anteriormente, yo amo mucho, pero mucho á mi patria, pero la amo separada de ese cacique que llama monarquía, adoro un solo Dios y profeso una sola doctrina, separada del seno de mi adorada familia; el Dios que adoro es mi patria querida, España, y la doctrina, es la «Gran República Española», la cual confío en que ha de venir pronto; es lo único que deseo ver antes de que llegue el momento fatal, de que tenga que abandonar el Planeta donde pienso ver realizadas todas mis aspiraciones tal cual se las acabo de manifestar, ¡ay Sr. Fernando! haga todo cuanto esté de su parte porque esto se cumpla, pues ya sabe usted cuales son los principales deseos de este humilde suscriptor.

Salud y prosperidad.

Un humilde Suscriptor.

LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE

Telegrama de *El Liberal*:

«Murcia 7 (10,30 n.)

Por noticias telegráficas oficiales y poco detalladas, se ha sabido que ayer tarde se produjo un gran desorden, que pudo tener funestas consecuencias, en Moratalla, cuando se celebraba la procesión del Corpus.

Según puede deducirse de las noticias conocidas, el cura párroco comió tales desatenciones con el Ayuntamiento y la banda de música municipal con motivo de la organización de la procesión, que todo el pueblo se puso de parte de la autoridad contra el cura.

La indignación fué tan grande y tan general, que en la mitad de la carrera se disolvió la procesión con un desorden extraordinario.

La actitud del pueblo era tan amenazadora, que el cura y todo el clero, protegidos por la Guardia civil, hubieron de refugiarse en la primera iglesia que encontraron al paso; de otro modo, es seguro que el suceso hubiera tenido un triste final.

Los indignados vecinos terminaron su protesta con manifestaciones contra el clericalismo, dando mueras á los jesuitas y vivas á la libertad.—*Perrí García.*

Ahí tenéis en compendio lo que es realmente el pueblo español.

Por fuera, todo religión católica, todo devoción. Por dentro, ni asomos de catolicismo, de religiosidad, ni de devoción.

Dice la autoridad:—«A ellos, á los clérigos! y no hay quien deje de arrojarles su piedra.»

Esto hoy, con la monarquía. ¿Qué no será mañana?

Hay aquí tal apego á las costumbres, que no se libran de él aun las personas que pasan por más radicales. No habléis de separar la Iglesia del Estado, aun á hombres de la más elevada inteligencia y que lo desearían vivamente, eso sería como hacer una raya en el agua. Lo mismo os decían cuando se hablaba de acabar con la dominación de los frailes en Filipinas. No más que hubo quien presentó una proposición sobre esto en la Junta de Fusión Republicana, aparecieron en los rostros sonrisas irónicas. No muy luego, los filipinos, aquellos tan devotos de la religión, cortaban la cabeza á todos los frailes que no huían.

Por eso, mientras con más gravedad y seriedad hablen los que se juzgan aquí como más graves y más serios diciendo: Eso es imposible; con más firmeza, deben afirmar sus soluciones de justicia los que aman el progreso y tienen fe en la virtud infinita de las ideas, no olvidando que después de las luchas epopéyicas libradas por nuestros padres en el siglo XIX, lo que se ve es la religión, pero eso no es lo que lleva el pueblo en el corazón; lo que lleva en el corazón, lo que no se ve es la libertad. De ahí el éxito inmenso de *Electra*.

Las reformas más audaces son aquí posibles en el terreno religioso, á condición de que quien las dirija tenga cerebro y tenga brazo. Cierzo, entregarse á la violencia metiéndose en las iglesias y cometiendo desafueros, no sería estúpido y contraproducente. Pero realizar altas reformas en beneficio público como la supresión del presupuesto del clero una vez que se tuviera una fuerza pública fiel á sus deberes, eso sería aquí más fácil que en parte alguna.

«Veis lo que dice ese telegrama? «Todo el pueblo se puso de parte de la autoridad contra el cura.» Pues así se diría en general de una autoridad republicana que, sabiendo lo que se hacía, llevase á cabo la reforma indispensable de suprimir el presupuesto del clero: «Todo el pueblo se ha puesto de parte del Gobierno contra los curas.»

Los que procedan de ese modo, serán los únicos capaces de recibir el nombre de hombres de Gobierno. Los otros, los que paguen á los curas, y consientan la dominación de éstos, llenos siempre de sobresaltos y temores, no serán otra cosa como hasta aquí sino burros de reata de las tradiciones más insostenibles y odiosas.

EXTRAVÍOS DE LA OPINIÓN

Un hijo del pueblo, de probada historia liberal, nos escribe desde una aldea del Norte diciendo:

«Le parece á usted que D. Nicolás Salmerón y Alonso ha nacido para defender con la fuerza de la voluntad la República; á mí me parece que no, porque siendo defensor de los frailes, es defensor de los peores enemigos de la libertad.»

¡Con qué facilidad se extravía aquí la opinión del pueblo!

Sopa ese buen republicano que D. Nicolás Sal-

merón es tan firme republicano como el más firme de cuantos haya en España, con esta ventaja para él, que otros tiemblan para hablar de República frente á los monárquicos y él se crece dándole zarpadas de león.

En cuanto á ser «defensor de los frailes», ¡Posible es que llegue á tanto el extravío popular que de crédito á eso!

«Pero no acaba de ver el pueblo que Salmerón ha dado á los jesuitas una estocada terrible en el asunto de la señorita Ubaó?»

«De suerte que los que no son republicanos, pero que sienten necesidad vital de defenderse contra el jesuitismo, al tender la vista buscando un defensor se fijan naturalmente en Salmerón y van á solicitarle, como lo hizo la familia Ubaó— que no se equivocó por cierto,—y ha de haber republicanos que acusen á Salmerón de defensa de los frailes!»

Hay que entoquecer para decir eso.

Si el pueblo español leyera periódicos extranjeros se hubiera enterado de que toda la ralea reaccionaria francesa ha cubierto de oprobio al Gobierno francés actual por haber presentado la última ley contra las Asociaciones religiosas.

Para los reaccionarios franceses, el Gobierno francés no sólo es enemigo de los frailes sino un monstruo, asesino de la religión.

Pues bien, ahora sepa el pueblo español, ese pueblo á quien se extravía, sepa ese pueblo que Salmerón quiere hacer con frailes y jesuitas lo mismo con un poquito más que ha hecho el Gobierno francés.

De suerte que Salmerón, á los ojos de los reaccionarios franceses, que saben más que nuestros doctores de Salamanca, Salmerón es un enemigo monstruoso de los frailes, y para nuestro pobre, nuestro infeliz pueblo, sin instrucción, es un defensor de los frailes.

Si, porque Salmerón quiere la disolución de las órdenes religiosas que es lo que se ha hecho en Francia, bien que en Francia esa disolución sea discrecional pues pueden las Cámaras autorizar las asociaciones mientras que Salmerón no concede siquiera á las Cortes semejante autorización, sino que pide la disolución sin condiciones é irreversibles.

Entérese el pueblo bien de la cuestión, para que no haya más equívocos.

Lo que Salmerón no quiere es la expulsión de frailes y jesuitas. El dice—yo no soy ningún rey absoluto como los que expulsaron á los jesuitas, ni consiento en el absolutismo. Eso de expulsar no lo puede hacer ningún gobierno liberal porque no hay derecho en los gobiernos á imponer penas, y menos esa de arrancar de su patria á ningún ciudadano.

En efecto, así obró nuestro gobierno liberal en tiempos de Mendizábal, que extinguió las órdenes religiosas pero no las expulsó, y así acaba de obrar ahora el gobierno republicano francés al disolver, pero no expulsar á dichas órdenes.

Y es que el gobierno que no tiene derecho á imponer penas, lo tiene pleno á autorizar ó no la constitución de asociaciones, y por tanto á disolver aquellas asociaciones contrarias al derecho.

En este caso cuenta Salmerón á las órdenes religiosas, y reclama, por tanto, su disolución.

Imaginad un gobierno que disolviera las asociaciones de obreros. Tan amigo de los obreros sería ese gobierno, como lo es Salmerón de los frailes y jesuitas.

¿No es verdad que es monstruoso y repugnante que se haga pasar á hombre así por defensor de los jesuitas?

Posible es que el mismo Salmerón, dejándose llevar por un celo ideal exagerado, haya contribuido á este lamentable equívoco, suscitando esa cuestión á destiempo, y llevando con ello la perplejidad, y luego la división á los espíritus en el momento mismo en que el movimiento de opinión contra el jesuitismo era formidable y unánime, no sólo en el campo republicano, sino en el campo popular. Cuando, bajo la presión ya insostenible que ejercía el jesuitismo, un ex-diputado monárquico había dicho en el teatro: «Al jesuita matarlo, ir á decir en un *meeting* republicano: «Al jesuita no hay que expulsarlo, nos parece que fué una grave indiscreción política.

¿Quién nos daba vela en ese entierro?

«Es que los republicanos, fuera del poder, nos íbamos á constituir en defensores del jesuitismo contra el cual salían voces de muerte desde el propio campo monárquico?»

«Es que teniendo ya en las manos la República, es que creyendo que se iba á proclamar la República por aquellos días, quería Salmerón ofrecer garantías á los jesuitas de que no se les iba á expulsar?»

Esto era candidez.

Como si al primer grito triunfador de revolución no se hubieran expulsado á sí mismos todos los jesuitas según lo hicieron en la Revolución de Septiembre, y eso que entonces las pasiones populares no tuvieron el carácter predominantemente anticlerical que hoy tienen.

Era, pues, anticipar una cuestión sin provecho para nadie, ni para los propios jesuitas; pero con perjuicio para el republicanismo, según han demostrado los hechos al traer estas lamentables querrelas y discusiones.

Perfectamente en su lugar cuanto ha hecho Salmerón, allá en unas Cortes republicanas, al tratar de la cuestión jesuitica, oponiéndose frente á todos los fanatismos y sin temor á la impopularidad, á cuanto fuera mermar el derecho de ningún hombre, ¡pero ahora en un momento de combate ir á sembrar dudas y querrelas en el seno de la masa popular cuando se necesitaba tenerla más unida, convencida y resuelta! Fué, sin duda, una equivocación.

Vea el buen hijo del pueblo, á quien contestamos, que no nos ciega pasión alguna en este asunto.

De igual suerte que declaramos impolitico, á nuestro juicio, el acto de Salmerón, declararíamos á éste protector de los frailes si tal fuese.

Pero, lejos de ello, repetimos como el día pasado, que no hay español más enemigo de los frailes que Salmerón.

En otros terrenos habrá hombres que adelanten á D. Nicolás Salmerón; en el terreno anticlerical es el primero.

De los que no debe fiarse el pueblo es de los que queriendo pasar por anticlericales rabiosos hacen protestas de catolicismo. De esos á D. Nicolás Salmerón va lo que del escarabajo al águila.

Aun en el caso de aconsejar temperamentos

templados para combatir el clericalismo, respete el pueblo la opinión de Salmerón, en la seguridad absoluta de que al aconsejar esos temperamentos es porque estima que son los que pueden herir con golpe más certero y seguro á la falange clerical.

Nótese el pueblo: hasta ahora el golpe contundente dado al jesuitismo ha sido el suyo. La sentencia arrancada al Supremo, que ha caído como el rayo sobre la frente del jesuita, ha sido un enorme triunfo, dado el espíritu reaccionario que venía animando á aquel Tribunal. Ese golpe, de inmensa trascendencia, es lo único conquistado en el terreno legal; lo demás ha sido espuma salida de los labios. Pues está seguro el pueblo de que, aunque pueda equivocarse, Salmerón va á eso, á combatir, no con espuma sino con el hierro de la ley al jesuitismo.

El que le llame protector de los frailes está, por lo tanto, extraviado.

GRATITUD

D. Fernando Lozano.

Muy señor mío y distinguido correligionario: Tengo el honor de participar á usted que el Consejo de Instrucción pública y el Ministro de la misma, han decidido con toda legalidad que no me deben perjudicar las modificaciones de plantillas posteriores á la disposición que señaló mi situación en el profesorado, y en su virtud, se ha confirmado mi derecho á percibir mis haberes, todos los cuales he cobrado, quedando al corriente de mis sueldos en calidad de catedrático excedente hasta que se armonicen los derechos de los antiguos catedráticos de Instituto con los modernos. Doy las más expresivas gracias á los señores Consejeros y al Excmo. Sr. Conde de Romanones con cuyo aplauso va iniciando radicales, benéficas y liberales reformas en Instrucción pública. Debo de hacer grata mención del sabio catedrático y senador D. Julián Calleja, del subsecretario D. Federico Requejo, del ordenador de pagos D. Francisco Fontanal y del oficial respectivo D. Francisco Molina, los cuales, en vista del nuevo giro de mi expediente, apoyaron la justicia de mi instancia. También con su activa gestión secundaron mi propósito, D. Faustino García, D. Calixto Agreda, y el ilustrado señor Marqués de Lema, no debiendo de olvidar, en sentido favorable á los anteriores señores Ministro de Instrucción pública D. Antonio García Aliz y ordenador de pagos D. Bartolomé Esteban. Quedo muy agradecido á los señores redactores de los periódicos *El Motín*, *El Graduador* y *La Unión Democrática* de Alicante, *El Diluvio*, de Barcelona, *El Mundo Latino* y *La Tribuna Nacional*. El periodismo que propaga la verdad y que ampara al ciudadano, cuando este reclama legítimos derechos, es una institución redentora, tribunal de las Naciones y eco de la justicia. Nueve meses iban sin cobrar yo mi sueldo, porque así lo exigían las deficiencias de la siempre rudimentaria administración española. Creo haber llegado al puerto, á condición de que en lo futuro la ola de las reformas no me lleve á los abismos de un segundo naufragio, pues á mi edad ya no estoy para navegar entre los escollos de expedientes, ritualidades y procedimientos.

Su afectísimo amigo, q. b. s. m.

VICTOR OZCÁRIZ.

Medina del Campo 6 de Junio de 1901.

Es muy honroso para el Conde de Romanones este acto de justicia cumplido en persona tan honorable como el Sr. Ozcáriz que ha consagrado su vida entera con entusiasmo insaciable al cultivo de la ciencia y al amor de la libertad. Asociamos así nuestra gratitud muy sincera á la gratitud del Sr. Ozcáriz. (N. de la R.)

RÉGIMEN ASESINO

Dice un telegrama de *El Imparcial*:

«Zaragoza 8 (4,30 tarde)

Gravisimo atentado.

Esta mañana se ha presentado en las oficinas de vigilancia de esta capital el maestro de escuela de Villanueva del Huerva, D. José Chías Armengol, casado y de veintinueve años de edad, declarándose autor de la muerte del cura párroco de aquel pueblo.

El maestro ha relatado el hecho de la manera siguiente:

El miércoles le llamó el alcalde para notificarle el deseo del cura de que asistiera con los niños de su escuela á la procesión del Corpus.

El maestro contestó que su oficio no era ir á las iglesias, sino enseñar á sus discípulos.

Sin embargo, como el alcalde le advirtiera que aquella negativa podría acarrearle disgustos, el maestro se presentó en casa del cura, quien, aunque en los primeros momentos le recibió bien, al ver su resistencia á concurrir á la iglesia, se incomodó hasta el punto de querer arrojar de la habitación al visitante.

Éste se resistió, y de aquí provino una riña, de la que no se saben los detalles por ser muy incompletos y hasta contradictorios los datos suministrados por el maestro de escuela.

Únicamente se sabe que el sacerdote, que se llama D. Angel Julián, recibió varias heridas de las que se cree haya fallecido.

El arma con que se verificó la agresión era un cuchillo que el autor del crimen dice haber arrojado á una acera.—L.»

Vaya ese asesinato á cargo de este régimen cobarde é hipócrita que quiere vivir explotando á la vez la libertad y la reacción.

Porque los dos contendientes, el cura y el maestro, tenían razón. Tenía razón el maestro, porque la Constitución pone á cubierto su conciencia y la de los niños en cuestiones de religión.

Tenía razón el cura, porque á pesar de la Constitución, este Gobierno liberal, como el conservador, ha entregado la enseñanza primaria á discreción de los clérigos.

Ahí tiene un motivo la minoría republicana para exigir, sobre esa sangre caliente, que se ponga término á situación tan insostenible. Hay que exigir, obligar forzosamente al Gobierno á optar entre la Constitución ó las leyes.

¿Ha de seguir exigiéndose la enseñanza de la

religión en escuelas e institutos? Que se borre el artículo constitucional donde se consagra la tolerancia religiosa, porque esa tolerancia es una mentira y una burla para los maestros obligados a dar enseñanza de religión aunque sean ateos.

¿Se quiere cumplir la Constitución que está por encima de todas las leyes? Fuera toda la legislación de enseñanza que habla de religión.

Esto es lo procedente, lo recto, lo justo. Otra cosa es la eterna cuestión entre clérigos y maestros que puede llegar a traducirse en un crimen como ese que acaba de cometerse en Villanueva, cuyo verdadero autor no es el maestro, sino el régimen.

SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA

PARA LA OBRA DE «LAS DOMINICALES»

EN ARANDA DE DUERO

Constancio Beltrán Alonso, 0,50 pesetas; Pablo Cebrecos, 0,50; Susana Serna, 0,25; Eduardo Micoles, 0,50; Desgracias Pascual, 0,25; Marcelino García Romeral, 0,25; Ceferino Requejo, 0,50; Abundio Sancho, 0,50; Lucio Brojeras, 0,50; Un librepensador, 0,50; El que tiró en «Electra» Las Dominicales a Pantoja, 0,25; Amadeo García Romeral, 0,25; Sr. Jofe de Estación (Aranda), 0,50; Toribio Requejo, 0,50; Victoriano Berzona, 0,50; Marcelino García Rojo, 0,50; Julián Pérez Repiso, 0,25; León Bernosa, 0,50; Tomás Martínez, 0,50; Pio Santos, 0,50; Galo Alonso, 0,25; Andrés de los Ros Ramírez, 1; Luis Barré, 0,50; Benito Mansilla, 0,25.

Total recaudado, 10,50 pesetas. Remitido en libranza por Constancio Beltrán. «Ferro», 2 Junio 1901.

Adjuntas 16 pesetas. Con lo remitido anteriormente hacen 40 pesetas. Con lo que irá en Junio serán 48 pesetas; una miseria comparada con los millones que vale la gran obra que está usted haciendo por la humanidad.

J. V. N.

¡Gracias a esos obreros tan generosos como nobles!

GOBERNADOS POR MUÑECOS

«Dice Hermenegildo Giner, distinguido catedrático de Barcelona:

En España, el Gobierno se ejerce por las Cortes. Bien es verdad, que ahora, por casualidad, en estas elecciones el país ha elegido a un sobrino de Sagasta (D. Bernardo), un yerno de Sagasta (Sr. Merino), otros dos sobrinos de Sagasta (Sres. Rodríguez), otros dos parientes de Sagasta (Sres. del Romeral), y a otro pariente de Sagasta (Sr. Requejo), sin contar al Senador Don Amós Salvador. Total: siete u ocho individuos de la familia del presidente del Consejo de ministros, y el pueblo español ha querido mostrar sus simpatías al señor ministro de la Gobernación eligiendo no sólo a él sino a su señor hijo y a sus dos señores hijos políticos; y así sucesivamente: de la familia Pidal, los electores han buscado cinco, y de la de Silveira, otros cinco, y de Puigcerver, tres, y de Gamazo, tres, y así indefinidamente: es decir, que el Gobierno de la Nación está (por casualidad) en manos de una docena de familias, ó bien de doce docenas (una gruesa) de individuos... privilegiados.

¡Qué indignidad para España tolerar ese género de Gobierno!

Eso es lo que mandan, los que hacen la ley, los que tienen en su mano todo el influjo oficial, no son los mejores, son los peores, porque en vez de aplicarse a conquistar una reputación propia en cualquier esfera de la actividad, se consagran a los faldores de sus padres y parientes para ocupar puestos de honor incapaces de conquistar por sus méritos.

Estamos así gobernados por los peores, por los más incapaces; hay una selección al revés. La ley la da la inferioridad y la baja, de suerte que los altos quedan excluidos de ella.

¡Ay de ellos si pretenden alzar la frente, la cachilla de la ley que empuja esos liliputienses, les segará la cabeza! Lo que conviene al que más valga, es echarse al furco y dormir el sueño del olvido.

De ahí la imposibilidad de todo adelanto, de todo movimiento, de todo progreso.

Allá en los Estados Unidos, una multitud enérgica y poderosa, con las manos llenas del polvo del carbón aplicado a todas las industrias, encuentra todos los caminos abiertos para marchar. Teniendo arriba, lo mejor que se ha ganado el puesto que ocupa por sus puños, en vez de obstáculos encuentra estímulos para subir.

Aquí no. El industrial de grandes alientos, el comerciante dominador de los negocios, el ingeniero, el sabio, el empresario, cuando quieren marchar con paso audaz y resuelto, se encuentran detenidos en su camino, por una mano recubierta por guante perfumado que adelanta joven vestido de levita irreprochable y cubierto con luciente sombrero de alta copa; es el yerno, el hijo, el amanuense del oligarca, cuya ciencia se encierra toda en saberse vestir aquellas prendas de la manera más cumplida.

Y eso es la ley, eso manda, eso gobierna con infinito más poder que tiene un ministro en los Estados Unidos.

Y España se estanca, y todas las actividades sanas y firmes, fatigadas de una lucha imposible, caen desfallecidas, emigran ó se entregan sin condiciones a esa patulea de imbéciles.

Imposible así todo progreso. De ahí que esa España de Sagasta y sus gentuallas y las gentuallas de sus protegidos al encontrarse frente a un pueblo de verdad haya echado a correr desertando del campo. Marina, ejército, servicios públicos, todo es mentira como obra de esos liliputienses.

Y ahí los tenéis dueños más que nunca de la Nación. Más yernos y más hijos y más amanuenses han venido a estas Cortes que a todas las demás.

¡Inútil es por eso todo esfuerzo de los españoles que no se encaminan a barrer a esa patulea, cosa que en el fondo no costará más trabajo que

el que emplean los niños para derribar con la mano sus soldados y muñecos de metal.

El Gobierno de la muñquería, ese es el que soporta España.

ORGANIZACIÓN

Con grande entusiasmo se ha procedido al nombramiento de nuevo Comité en Algar, donde se prepara un meeting anticlerical, en prueba del amor que hay allí a las ideas libres.

He aquí el Comité: Presidente, D. Antonio Silva Mazas, médico. Vicepresidente, D. Rafael Sánchez y Sánchez, agricultor.

Vocal 1.º, D. Rafael Girve Tagua. Idem 2.º, D. José Carrasco Vega. Idem 3.º, D. Cristóbal Romero Vallejo. Idem 4.º, D. Manuel Ríos Puerto. Idem 5.º, D. Francisco Orellana González. Idem 6.º, D. Francisco Romero Ríos. Secretario 1.º, D. Rafael Jiménez. Idem 2.º, D. José Rodríguez Vallejo. Tesorero, D. Ignacio García Sánchez.

LA LUZ SE HACE

Ha dado la vuelta al mundo, circulando por toda la prensa, sin faltar la española, el artículo de Zola que vamos a reproducir.

Nuestros viejos lectores, al leerlo, no encontrarán nada nuevo, porque desde hace veinte años saben eso.

Aquí se combatía por muchos el clericalismo; pero se respetaba la Iglesia. ¿Qué herejía la nuestra al oírse combatir?

Peró en cuanto al Evangelio no había quien no afirmase que era el Código universal fuente de la verdad absoluta. Nosotros dijimos: «No»; y lo demostramos.

Católicos y protestantes nos trataron de impíos y pretenciosos.

La luz se ha ido haciendo.

Obligados los franceses por la batalla que sostuvieron poco há en la cuestión Dreyfus, a volver la vista hacia la cuestión religiosa, han hallado de propia reflexión las mismas conclusiones que nosotros.

La revolución religiosa está, pues, hecha, porque la base de todo el edificio, que es el Evangelio, está herida de muerte.

Hé aquí el artículo de Zola:

«EL EVANGELIO

...El experimento está hecho ya; la salvación humana por la caridad es imposible. Su realización no cabe sino por medio de la justicia.

Tal es el clamor poco a poco soberano que se eleva de todos los pueblos. Hace cerca de dos mil años que el Evangelio aborta. Jesús no ha rescatado nada; el sufrimiento de la humanidad ha seguido siendo tan grande, tan injusto como antes. Y el Evangelio no es ya otra cosa que un Código abolido, de que las sociedades jamás podrán sacar más que errores y perjuicios... Es necesario emanciparse.

¡Qué error tan extraño escoger como legislador social a Jesús, que vivió en medio de otra sociedad, en otra tierra, en otros tiempos! Y si el propósito era no conservar de su moral, de su enseñanza, sino lo que éstas pudieran tener de humano y de eterno, ¡qué peligro todavía el que encerraba la aplicación de preceptos inmutables a las sociedades de todos los tiempos! Ninguna sociedad podría vivir bajo la aplicación estricta del Evangelio.

Jesús es el destructor de todo orden, de todo trabajo, de toda vida; negó la mujer y la tierra, la eterna naturaleza, la eterna fecundidad de las cosas y de los seres, y después vino el Catolicismo a constituir sobre él su espantoso edificio de terror y de opresión.

El pecado original es la herencia terrible que renace en cada criatura y se niega a admitir, como admite la ciencia, los correctivos de la educación, de las circunstancias y del medio. No existe concepción más pesimista del hombre que lo hace presa del demonio desde su nacimiento, y le obliga a una lucha contra sí mismo, que dura hasta la muerte. Lucha imposible, absurda, puesto que en ella se trata de cambiar totalmente al hombre, de matar a la carne y a la razón, de destruir en cada pasión una energía culpable, de perseguir al diablo hasta en el fondo de las aguas, de las selvas, hasta las cimas de los montes, para anonadarlo allí con la savia del mundo.

De modo que la tierra no es más que un pecado, un infierno de tentaciones y de sufrimientos que uno atraviesa para merecer el cielo. ¡Admirable instrumento de la policía, de despotismo absoluto; religión de muerte que sólo la idea de caridad ha podido hacer tolerable, pero que la necesidad de justicia arrastrará forzosamente!

El pobre, el miserable engañado que no cree ya en el paraíso, quiere que los méritos de cada cual sean recompensados en la tierra: la eterna vida torna a ser la diosa buena; el deseo y el trabajo son la ley misma del mundo; la mujer fecunda vuelve al puesto de honor, y la imbécil pesadilla del infierno cede el puesto a la gloriosa naturaleza que no cesa de crear. El viejo sueño semita del Evangelio desaparece barrido por la clara razón, apoyada en la ciencia moderna.

Hace mil novecientos años que el cristianismo ostenta la marcha de la humanidad hacia la verdad y la justicia, y la humanidad no continuará su evolución hasta el día en que lo haya abolido, colocando al Evangelio en la categoría de los libros de los sabios, sin considerarlo ya como el código absoluto y definitivo...

E. ZOLA.

EL ANARQUISMO SEGUN TARRIDA

En el mitin que se ha celebrado en Londres, del cual dimos cuenta en la sección telegráfica, a beneficio de las víctimas de la opresión española, hay una nota muy interesante. Representóse con motivo de dicho acto el drama «Tuer pour la liberté», de

Raoul Faivre, basado en la historia del anarquista Duval. En dicha obra se hace la apología del robo y del asesinato, tendencia con la cual no estuvieron conformes la mayoría de los presentes, aunque anarquistas, y mucho menos con alguna afirmación del protagonista que quiere que la anarquía represente exclusivamente robos, asesinatos y atentados con explosivos.

Tarrida, que tenía encargo de representar en dicho acto a la «Federación de las Sociedades de resistencia de España» aprovechó esta circunstancia para exponer el concepto de la verdadera anarquía, tal como la entienden los libertarios españoles, y excepción hecha de algunos franceses, aquel conjunto de anarquistas internacionales (españoles, alemanes, italianos, rusos, etc.) aprobaron entusiastamente el propósito de Tarrida al condenar el robo, el asesinato y los atentados dinamiteros, por procedimiento reprochable y contraproducente.

«Aquellos individuos—dijo el orador—que quieren vivir sin producir, so pretexto de no dejarse explotar, resultan peores explotadores que los grandes acaparadores de la riqueza, quienes al menos tienen la franqueza de no ocultar la explotación que llevan a cabo, y es, por lo tanto, deber de los revolucionarios honrados rechazar a dichos anarquistas explotadores de su partido, que tiende precisamente a la abolición de la explotación.»

En lo relativo a los actos de violencia, Tarrida hizo notar que éstos pueden ser la resultante de circunstancias especiales, producidas más aún por los de arriba que por los de abajo, y practicados por los perseguidos, sea cual fuere el partido a que pertenezcan, ó por individuos exaltados que se creen llamados a cumplir una misión sagrada llámense Jacques Clementy Ravailiac, entre los regicidas católicos, ó Bresci entre los anarquistas.

En lo que se refiere al logro inmediato de las aspiraciones revolucionarias, hizo observar Tarrida que no debe suponerse que ésta se realizará nunca por completo. «La anarquía es un límite tal como se entiende en matemáticas, esto es, una cantidad constante hacia la cual tiende una variable, acercándose a ella tanto como se quiera, pero sin llegar nunca a alcanzarla.

Así como al tomar sucesivamente las mitades de una cantidad nos acercamos indefinidamente a cero, sin llegar a la nada, así, suprimiendo constantemente partículas de autoridad, nos acercaremos a la anarquía, sin llegar a ella, esto es, al cero de la autoridad; pues sea por causa de influencias morales, intelectuales, amorosas ó simpáticas, habrá siempre, mientras el hombre subsista, ligeras manifestaciones de una autoridad efectiva, aunque no legal. Al ir reduciendo a cantidad cada vez más pequeña es a lo que siempre tenderá el anarquismo, reduciendo también las causas que originan dicha autoridad, persiguiendo una constante nivelación, que consiste no en bajar a los de arriba, sino en levantar a los de abajo. Y es un bien que así sea—añadió Tarrida—porque si se pudiera llegar un día al establecimiento de la anarquía absoluta, esto es, a la perfección humana, no habría ya progreso posible, resultando el estancamiento de las tendencias generosas hacia el progreso.»

(De La Publicidad de Barcelona).

CARTAS DE MORAYTA

El Sr. Morayta ha dirigido una nueva carta a Sagasta tratando de la extinción de las órdenes religiosas.

En ella ostenta una vez más su dominio sobre la materia y sus sentimientos pacíficos.

Quisiera sinceramente el Sr. Morayta la paz religiosa, y siente grandes respetos hacia la iglesia, bien que se explique que no todos tengan su calma ante los eternos desmanes de los conguallados.

Así escribe:

«Por ser fundamental a mi objeto, insisto en que me parece mal medir con el mismo rasero el dogma y los abusos, intrusiones é irregularidades de los ministros de la religión: el respeto a la opinión ajena y la tolerancia, son ley para mí. Mas me explico que muchos no imiten mi ejemplo, por habernos a todos enseñado la experiencia, que con raras excepciones, debajo de cada capucha se oculta una boina, detrás de cada altar mayor un depósito de trabucos, y en el fondo de cada convento una bien repleta arca de caudales para atender a los gastos de una nueva guerra civil.

Transigieron los representantes de la iglesia española con las libertades políticas y con el progreso; circunscribieron su obra de evangelización, a las palabras de Jesús, a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar, y los estudios sobre la Biblia y el examen del dogma y el análisis de la disciplina, haríanse en Academias y Atenos y no en reuniones políticas. Si por desdicha entre nosotros, obispo, monje, fraile jesuita y carlista son sinónimos, ¿cómo extrañar se envuelva en un mismo juicio, la representación de unos y de otros?»

Si el Sr. Morayta tuviera más respetos al Evangelio que los que viene mostrando de continuo hacia la iglesia, no sería tan benévolo con ella.

Dice el Evangelio: «Por sus frutos los conoceréis.»

¿Cómo será, por tanto, buena esa iglesia que produce clérigos que son lobos y templos que sirven de depósitos de trabucos?

Y con lo que no es bueno no se tienen respetos, ni tolerancias, se corta y se arroja al fuego, como también aconseja el Evangelio.

A pesar de sus benevolencias para con la iglesia y de militar en la extrema derecha del republicanismo, el señor Morayta pide y aconseja a Sagasta que cumpla, al menos, la ley y el Concordato, disolviendo aquellas Órdenes que no tienen existencia legal. Si no se hace, teme que el radicalismo republicano y popular se impondrá.

Lo peor que encontramos en estas cartas, aparte de su ineffectividad, es la subversión de cosas y personas que representan. ¿Que Morayta, en este terreno, pida a Sagasta!

Porque ambos han sido jefes de la masonería, enemiga jurada de las órdenes religiosas. Sólo que Sagasta ha sido traidor, mientras que Morayta ha sido leal. ¡Pedir el leal al traidor! ¡Avenirse el que está arriba a colocarse suplicante ante el que está abajo!

No; es perder el tiempo. Lo que procede es, cuando menos, salir por ahí gritando:—Escobas, escobas para barrer a los frailes, a los jesuitas y a Sagasta.

CASO DE TORREJONCILLO

En Torrejoncillo, pueblo de Cáceres, hay un núcleo de librepensadores que es honor por su firmeza y su seriedad del librepensamiento español.

Uno de aquellos valientes, D. Lucio Utrera Ramos, falleció ahí hace dos años, y su familia, cumpliendo su voluntad, enterró civilmente el cadáver.

Celebrado el entierro con toda solemnidad en medio de los respetos de la población entera, debidos a persona cuya intachable honradez era conocida de todos, nadie pudiera pensar allí que hubiera ser humano capaz de poner en tela de juicio la legalidad de aquel acto.

Peró desgraciadamente hay clérigos en España.

De ello resultó que, con admiración y sorpresa de la familia del difunto, se encontró un día con que se le comunicaba un acuerdo de la Comisión provincial de la Diputación de Cáceres en el cual se ordena que se declare la nulidad del enterramiento del cadáver de D. Lucio Utrera por anticatólico é ilegal; que se aisle el cadáver a costa del causante del sepelio; que transcurrido el tiempo legal correspondiente se proceda a la exhumación y entrega del cadáver al párroco.

¿Cómo se había llegado a estos acuerdos? Por petición del párroco hecha suya y transmitida al Gobernador por el obispo de Coria.

Hé ahí a los clérigos y a los obispos españoles dueños y señores de los cuerpos de los españoles, mandando sobre esos cuerpos más que las esposas, más que los hijos, más que las familias.

Dispone la familia del Sr. Utrera el enterramiento civil de éste y vienen los clérigos diciéndole:—Usted, viuda de Utrera, ustedes, hijos, no mandan en ese cadáver, mandamos nosotros. Y el Gobernador dice:—Perfectamente, el cadáver es de los curas.

De suerte que son los hijos, es la esposa, los que han estado al lado del enfermo rodeándole de cuidados, alimentándole, abrigándole, velando su sueño, cubriendo su rostro y sus manos de besos, mientras los clérigos juegan, beben, se refocilan en todos los goces, y el cadáver es de los clérigos indiferentes al difunto y no es de la familia amante del difunto.

Eso dice el párroco de Torrejoncillo, eso afirma el obispo de Coria, eso acuerdan los diputados provinciales, eso resuelve el Gobernador.

¿Qué menos que barrer a todo ese infecto mundo oficial deben pedir los españoles a quienes quede un resto de sentimientos humanos y de amor a la familia?

Bien—deben decir los vecinos de Torrejoncillo a su párroco,—puesto que es usted el dueño del cuerpo de mi padre, de mi hermano, de mi esposa, mantenga usted ese cuerpo. Cuando está enfermo vaya usted a cuidarlo, proporcínele alimentos y medicinas, vele su sueño. ¿Qué? ¿Quiere usted servir de un criado sin alimentarle? ¿Puede usted reclamar los derechos paternos sobre un hijo a quien arroja a la calle?

¿Y bien el vecindario de Torrejoncillo, la brutalidad, toda la brutalidad de esa orden producida de un clericalismo insostenible y desalmado? ¿No se hace cargo de la razón que asiste a aquel grupo de valientes en que descuella Salustiano Hernández, para luchar como bravos contra religión tan impía?

Una religión y un Estado que entregan el cadáver de un hombre al clérigo que quizá odia a ese hombre y lo roban a la familia que lo ama, deben ser borrados del mundo como enemigos de la familia y de la sociedad.

Que hay una Real orden que da ese derecho a los párrocos. Razón más para abominar una religión y un Estado que puede dictar tales órdenes, porque es signo de que llevan el alma engañada en hedionda injusticia.

Sin embargo, ni esa orden autoriza lo que se ha hecho, ni puede tener fuerza legal.

Dice el acuerdo de la Comisión provincial de Cáceres que, siendo de la exclusiva competencia de la potestad espiritual el declarar si un individuo pertenece ó no a la comunión católica, y teniendo derecho a negar sepultura católica a un cadáver, le tiene también para hacer que se dé sepultura al que muere dentro de aquella comunión.

Entonces todos los librepensadores y todos los protestantes pueden ser enterrados católicamente si le viene en gana a la Iglesia. Un pastor protestante puede ser vestido de hábito de franciscano y enterrado católicamente si lo quiere el párroco. Hé ahí lo que dice la Comisión provincial.

Pues bien; esa es una interpretación brutal y absurda de la ilegal Real orden que concede derecho a la potestad espiritual para negar sepultura religiosa a un cadáver.

Falta a la verdad dicha Comisión provincial al afirmar que sea este asunto de la facultad exclusiva de la Iglesia, puesto que el que quiere ser enterrado civilmente y lo consigna así en su testamento, es enterrado civilmente, aunque no lo quiera la Iglesia. Luego no es verdad que ésta tenga la exclusiva de esa declaración, sino que la tiene el interesado, antes y sobre la Iglesia. Y puesto que sobre esa interpretación falsa, completamente falsa de la Real orden de 1890, está basado el dictamen de la Comisión, ese dictamen no procede.

Así lo ha solicitado la familia del difunto en instancia de alzada que ha dirigido al ministro de la Gobernación. «Todos ellos (los interesados)—se dice en la instancia—se han visto sorprendidos con la decisión del Sr. Gobernador acordada en un expediente de que no tenían noticia, y en el cual se les condena sin oírlos, cosa contraria a toda ley y motivo especialísimo para que se rovoque la ya citada disposición; pues que para haber recaído imposición de responsabilidad hemos debido ser oídos, tanto los hijos como su viuda...»

¿Lo oís? Así se resuelven aquí los asuntos que interesan a los clérigos, saltando por todas las leyes, a conceros tapados, en la sombra, a traición y con alevosía, apuñalando el corazón de las familias con disgustos como el que produjo en esa honradísima familia de Torrejoncillo el saber que se iban a remover las conizas del sér que tanto amara para enterrarlas a su enemigo el clérigo. Creía el difunto, acérrimo librepensador, que los clérigos son «lobos carnívoros que devoran la Nación», según oyó contar a sus padres, testigos de la primera guerra civil, y ese acto traidor y alevoso confirma en sus hijos el juicio del padre; pues bien, la comisión provincial dice a esos hijos que entreguen los restos de su padre al lobo.

Reclama por eso, e nérgicamente, la familia del Sr. Utrera en su instancia, que se dejen los restos de éste reposar tranquilamente donde están, «por ser el finado—dicen textualmente—individuo que no pertenecía al gremio de la iglesia católica, y ser expresa su voluntad de que su inhumación se hiciera donde se ha efectuado, y todo esto constaría en el expediente que parece se ha formado, si en él ya que hablan de ser condenados hubieran sido oídos los exponents.

¿Qué lógica más contundente! ¿No se mueren de vergüenza los Diputados provinciales que actúan en la camarilla de aquella Comisión? ¿Tan ignorantes son en leyes esos Diputados que ignoran que a nadie se condena sin ser oído?

El clérigo de Torrejoncillo, que va en la sombra ayudado por el influjo despotico y estancio de su groy a rocovar de una administración provincial sin conciencia esa orden escandalosamente ilegal, para herir por sorpresa en el corazón a una familia buena y honrada, merece una severa lección. Hombre que llamándose sacerdote de una religión de amor se complace en realizar acto tan odioso, es digno de que se le rasgase en pedazos el hábito que impiamente viste.

Que este escándalo más lleve a los ánimos la convicción de que es necesario, es apremiante secularizar los cementerios.

Esperamos que los Diputados republicanos reclamaran esa reforma apremiante, pidiendo, desde luego, la derogación de esa Real orden anticonstitucional que, abusivamente interpretada, llega a dar lugar a que los clérigos se apoderen de los cadáveres de los librepensadores, profanando sus tumbas.

POLITICA SOCIAL

Soluciones positivas de la Sociología contemporánea.

POR

ERNESTO BARK

En seis tomos, á 3 pesetas.—Todos juntos, 15

- I. El Internacionalismo: 1. La Internacional Negra, Roja y del Oro.—2. Naciones cosmopolitas.—3. Pueblos precorreos.
II. El Socialismo Positivo: 1. Psicología socialista.—2. La cuestión social en España.—3. El Ministerio del Trabajo.
III. La República Social: 1. La democracia social en Alemania.—2. La República social en Francia.—3. Política y Sociología.
IV. La Revolución y el Arte: 1. Gente nueva.—2. El modernismo literario.—3. El Arte social.
V. Estadística Social: 1. El problema de la miseria.—2. Los reyes del oro.—3. La España social.
VI. Filosofía del Poder: 1. La moral social.—2. Placeres altruistas.—3. La nueva fe.
Acaba de publicarse del mismo autor

MODERNISMO

- I. Regeneración.—II. Espiritu moderno.—III. Política Pedagógica.—IV. A los padres y maestros.—V. La Joven España.—VI. Glorias modernas.
Precio una peseta, Biblioteca Germinal, Madrid, calle de la Visitación, 8, librería.

PROPAGANDA SOCIALISTA

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

POR

«DEMÓFILO»

Comprad este folleto del cual, un gran periódico de Biojanero, acaba de decir que «ha hecho más socialistas» que todos los demás trabajos de este género realizados en España.

Precio 25 céntimos de peseta.

LIBROS DE «DEMÓFILO»

DE VENTA

en la Administración de LAS DOMINICALES

- Batalla del Libro pensamiento.— Colección de artículos (varios denuncias) de la primera época de LAS DOMINICALES. 1
Poesías del demonio.— Cuadros de la España mística del siglo XVI. 2
Radicalismo y Federalismo.— Folleto de propaganda republicana. 1
La Redención.— Librito de propaganda. Un ejemplar, 10 céntimos; paquete de 25 ejemplares. 1,35
Instrucción para enseñar el mecanismo de la lectura y escritura a los adultos en una semana.— Un ejemplar. 0,95
Artículos religiosos y morales.— Nuevos Evangelios. I. ¿Qué es el Socialismo?—Ha tenido gran éxito en España y en el extranjero. 0,25
¿Qué es el libro pensamiento?— Segundo Evangelio.

A los suscriptores y correspondientes el 25 por 100 de rebaja.

Imp. de J. Estre y C.ª—Santa Catalina, 9, teléf. 907.